



COPA AMÉRICA

Última convocatoria
JUAN VILORRO





“Última convocatoria” de Juan Villoro.

Publicado en el suplemento especial de *El Periódico de Catalunya*, en julio de 2010.

© Juan Villoro.

Agradecemos la colaboración de Juan José Panno (www.cuentosymas.com.ar) y de Marcos Cezer, de Ediciones Al Arco (www.librosalarco.com.ar).

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011

Colección: Pasión por leer 2011

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

Última convocatoria

Juan Villoro

Primer tiempo

“ Los africanos tienen brujería, nosotros tenemos estadísticas”, dijo en televisión un hombre de anteojos. Hablaba con desdén, como alguien que ya vivió el futuro y se decepcionó.

Al oírlo, Jesús Pedraza supo que había algo peor que el pescado hervido. El dietista de la selección les recetaba trucha insípida. No eran animales de río sino de criadero. Truchas presas. Como los futbolistas en la concentración. Truchas que sabían a nada.

Las estadísticas son pura magia. Pedraza lo sabía. ¿Cómo podía ignorarlo ante la maldición del número cinco? Cada vez que la selección incluía a cinco jugadores del mismo equipo, el desastre estaba asegurado. Había cinco convocados del Guadalajara. Cinco Chivas. O cuatro y Pedraza. Un medio de contención sobra con mayor facilidad.

Cuando los comentaristas no saben de qué hablar se vuelven muy precisos: recuerdan el pubis lastimado de un delantero o las crisis de un guardameta en días impares. Ahora hablaban del número cinco.

El Guadalajara es el único equipo que solo juega con mexicanos. Es normal que aporte más elementos a la selección. Por desgracia, las Chivas convocadas al Centro de Alto Rendimiento no eran cuatro ni seis, sino cinco, la cifra oscura.

Pedraza había soportado el tedio de la concentración y los ronquidos del Tilón Gutiérrez, su compañero de cuarto. El Tilón tenía la cara aplastada como un perro pug. Era un misterio que pudiera respirar mientras corría.

La selección de Islandia es un rival que sirve para experimentar y saber qué se siente jugar con tres defensas o con cinco zurdos. Después del partido contra los islandeses, el entrenador excluyó a dos jugadores. Faltaba uno para saber quiénes irían a Sudáfrica.

¿Por qué no salieron tres de golpe, evitando los preocupantes sms de apoyo que mandaban sus familiares? Estaban en un reality-show al revés, donde el elegido se iría al carajo.

Con la voz serena que usaba para anunciar molestias, el entrenador explicó que los mexicanos que jugaban en Europa aún no se integraban al plantel; alguno de ellos podía lesionarse (“Las ligas europeas son muy marranas”, aclaró). Por eso sobra un jugador. Un fusible.

Los cinco de las Chivas se sabían nominados. Cuando el hombre de anteojos habló de la brujería y las estadísticas, el Tilón Rodríguez se limitó a decir: “Pobre pendejo”. Si la brujería era africana, el Centro de Alto Rendimiento estaba en el Congo. Cada vez que un locutor se refería a la maldición de los cinco, aclaraba: “No soy supersticioso, pero...”. Nadie era supersticioso. Todos le temían a la estadística.

La legión extranjera se integró a la selección: nuevos tatuajes, cejas depiladas, algún toque de fantasía en el entrenamiento, indolencia en las conversaciones.

Pedraza trabajaba tanto como un mariachi en Día de las Madres. El Tilón le dijo: “Si le echas tantas ganas pareces inse-

guro”. Los que venían de Europa tocaban el balón con admirable apatía. Uno de ellos rodó un comercial y se tuvo que afeitar seis veces en la cancha. Fue el único día en que se cansó. Otro astro repatriado pasaba horas ante la PlayStation; se escogía a sí mismo como personaje y pateaba la mesa cuando perdía.

Pedraza hubiera rendido más si el fútbol se jugara bajo tierra. Podía cavar, abrir huecos. Un jugador sufrido. Un medio de contención. La vida depende de datos raros: su cara no servía para promover lociones.

Una tarde, en el parque de Agua Azul, Luciana le había dicho: “Todo está en la cabeza”. Si él se quedaba en la selección sería por lo que llevaba dentro. Su novia creía en la fuerza de la mente. Pedraza sintió escalofríos. Si fallaba, fallaría lo que tenía en la cabeza.

Obedeció como nadie a los gritos del técnico. Tenía las piernas en carne viva de tanto barrerse en la dura cancha de entrenamiento. Procuraba que el dolor le borrara las ideas. Era su forma de concentrarse.

Una noche soñó con un brujo africano, adornado con una piel de leopardo y arena roja en el pecho. Lo vio lanzar unas vértebras al suelo. Eran cinco.

Al día siguiente, el sueño se volvió estadística. Jesús Pedraza fue eliminado de la selección. “Eres chavo”, le dijo el entrenador: “te quedan dos mundiales más”.

Se despidió de los compañeros en el Centro de Alto Rendimiento, donde tanto se había aburrido. No lloró ni cuando el Tilón Rodríguez le regaló sus espinilleras. En la sala de prensa dijo, como miles de víctimas antes que él: “Así es el fútbol”.

No quiso ir en avión a Guadalajara. Subió a su 4 x 4. Las

carreteras le despejaban la mente. Tenía que pensar en algo. Juliana había escrito en twitter que lo seguía queriendo. Él había fallado y ella lo quería. Lo segundo le dolía más.

No salió de la Ciudad de México. Aceleró en el Anillo Periférico, como en un rauda contragolpe, hasta estrellarse con un trailer que transportaba cítricos.

Aún llevaba la camiseta verde de la selección. En la ambulancia, alcanzó a oír que alguien decía: “Huele a limones”.

Segundo tiempo

Remigio Martínez era amigo de la rutina; respetaba el arte de posponer trámites y creía en la importancia ceremonial de las pausas. Más por método que por vicio, iba tres veces al día al Mirador, cantina donde meseras de muslo amplio le servían ron Negrita con agua mineral y Coca-Cola. Remigio se aflojaba la corbata, abría su periódico deportivo y aguardaba el momento en que una mujer que tenía una manera estupenda de ser gorda, llegara a prepararle su bebida, con más agua que Coca: “¿Te la sirvo ‘pintadita’, papá?”, preguntaba ella. La respuesta siempre era la misma; la cuba le gustaba pálida.

La costumbre se cumplió hasta que Remigio, minucioso empleado de una oficina pública, enfermó del hígado. Esto no lo alejó del Mirador, pero limitó sus visitas a una al día. No le costó trabajo modificar su hábito. A fin de cuentas su vida era una sucesión de plazos que no se cumplían, firmas aplazadas, documentos que pasaban al archivo muerto. También su aspecto se regía por la posposición: retocaba las canas con carbón de corcho; su corbata no había conocido la tintorería (le quitaba las manchas con agua mineral).

Toda noticia que perjudicara a las Chivas le parecía buena.

Fanático del fútbol, cultivaba una pasión negativa. Creció como seguidor del Oro, el equipo de los joyeros de Guadalajara. Aquel club había desaparecido de la Liga. En vez de adoptar otro, prefirió odiar al enemigo del Oro, las Chivas.

No había hecho testamento porque no tenía nada que heredar, pero su mujer conocía su última voluntad: “Antes de que me vaya, dime que el Guadalajara se fue a la mierda”.

Su salud empeoró como solo puede hacerlo la de alguien metódico. Fue ingresado en el Seguro Social y se pronunció la palabra “trasplante”.

Las seis hijas de este hombre afecto a la reiteración hablaron de sangre y compatibilidad. Mientras tanto, él cerraba los ojos y oía en la agradable cavidad de su mundo interior: “¿Te la sirvo ‘pintadita’, papá?”.

Por el barullo de sus hijas, contrapunteado por el llanto de la madre (el klínex se eternizó bajo su nariz), supo que en México escaseaban los donantes. Pero era un caso perdido: tenía la sangre más común y aumentaban los accidentes de tráfico. Las estadísticas estaban de su parte.

El Mundial se aproximaba y la televisión ofrecía programas de Sudáfrica. Remigio se enteró de tribus y diamantes. Supo de la vida de Nelson Mandela más de lo que sabía de la suya, siempre replegada. Una mañana vio un documental sobre Christian Barnard, el médico sudafricano que en 1967 hizo el primer trasplante de corazón. Pensó en la rara coincidencia de ser salvado por algo que comenzó en África.

En la noche escuchó a un intelectual decir: “Los africanos tienen brujería, nosotros tenemos estadística”. A Remigio le pareció un imbécil. “Sudáfrica inventó los trasplantes, mono de mierda”,

pensó. Luego se arrepintió de la palabra “mono”. Los medicamentos lo estaban volviendo primitivo.

Se preguntó qué posibilidades tendría de recibir un hígado africano. Le divirtió la idea de volver a beber Ron Negrita con un hígado negro.

Una noche tuvo un vago sueño ecuatorial. Entrevió el desierto, el aire vibrando por el calor, el pecho pintado de un brujo, collares hechos con huesos, la piel de un animal salvaje. Tal vez no soñó eso y su mente lo imaginó después, como algo obvio que tenía que ver con África.

Cuando supo que Jesús Pedraza había quedado fuera de la selección, le comentó a una de sus hijas:

—Dios existe: sacaron a uno del Guadalajara. Por eso tuve seis hijas, el cinco da mala suerte.

La familia pensó que el padre moriría feliz, animado por la exclusión de Pedraza. Ese mismo día, un hígado joven llegó de la Cruz Roja.

La convalecencia fue larga pero llevadera. Aunque ya tenía urgencia por posponer trámites, Remigio aceptó las semanas de encierro. Sus hijas le compraron una nueva televisión para el Mundial. ¿De dónde sacaban el dinero?

—Hay que hacer sacrificios, papá —dijo una de ellas, en tono generoso. Lo malo fue que llevaba un escote tan amplio como el de las meseras del Mirador.

¿La cercanía de la muerte había conmovido a su hija en tal forma que se volvió puta para comprar una pantalla plana? ¿La vida dependía de correspondencias miserables? Remigio lloró en silencio. Su esposa le ofreció su klínex. “Con los trasplantes afloran sentimientos”, había dicho el médico. Le sorprendió la pala-

bra “afloran”, como si su cuerpo fuera un campo de cosecha.

México inauguró el Mundial contra Sudáfrica. Antes del partido se guardó un minuto de silencio en memoria de Jesús Pedraza. La cámara enfocó a una muchacha de pelo negro que sollozaba en las tribunas.

Por primera vez en un Mundial, México jugaba con uniforme negro.

—Están de luto por Pedraza —comentó una de las hijas.

La más grande llegó a la sala con cacahuates y zanahorias rebanadas:

—¿Sabes de dónde salió tu hígado, papá?

—No, no te lo dicen.

—Jesús Pedraza murió el día de tu trasplante y tenía tu tipo sanguíneo.

—¿Cómo sabes?

—En el cereal que compra mamá salen estampas de los jugadores. Viene su signo del zodiaco, su color favorito, su tipo sanguíneo... Por estadística, tu hígado es de un jugador de las Chivas. ¿Qué se siente, papá? —sonrió su hija.

¿Ella lo odiaba o lo amaba? ¿Era una diabla buena o un ángel terrible?

—Mi hígado es africano —contestó Remigio cuando comenzaba el partido—. Soñé que me lo daba un brujo. Un brujo con piel de leopardo, que leía la suerte en unos huesos.

—Eso es de una película... —comentó su hija.

—Lo soñé. El brujo me ofrecía un hígado.

—Te estás volviendo raro.

—¡No! ¡No soy adivino, ni intelectual, ni transexuado! Tampoco soy un mono.

Remigio pensó algo que lo divirtió: se había vuelto salvaje. Sentía un raro impulso. El balón estaba en juego. México atacaba en Sudáfrica.

—¿Te molestaría tener el hígado de un enemigo? —le preguntó la menor de sus hijas.

—Soy demasiado huevón para odiar —contestó Remigio.

—Pero no para querer —sonrió ella.

—Querer exige menos energías —Remigio acarició el pelo de su hija.

Sintió una punzada en la herida, una punzada leve, nada del otro mundo. “La herida vive por su cuenta”, le había explicado el médico.

Lo mejor de las costumbres es que se pueden cambiar. Remigio Martínez lo supo semanas más tarde, cuando dejó el ron Negrita y se pasó al whisky Chivas, mejor para la salud, y para su hígado.





JUAN VILLORO



(1956, México).

Es escritor y periodista. Hinchado del Necaxa, publicó dos libros sobre la pasión por el fútbol: *Dios es redondo* (Premio Internacional Manuel Vázquez Montalbán) y *Los once de la tribu*. Obtuvo el Premio Herralde por su novela *El testigo* y el Premio Antonin Artaud por su libro de cuentos *Los culpables*. Ha dado clases en la UNAM, Yale, Princeton y la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. En agosto de 2011 se estrena en la Argentina su obra de teatro *Filosofía de vida*, dirigida por Javier Daulte y protagonizada por Alfredo Alcón. Su novela *Materia dispuesta* acaba de ser reeditada en la Argentina por InterZona. Colabora en diversos periódicos del idioma y es autor de la novela juvenil *El libro salvaje*.





Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

PASIÓN POR Leer

2011



Secretaría de Deporte
Ministerio de Desarrollo Social



COPA AMERICA
ARGENTINA 2011



TV Pública
CANAL SIETE

Fútbol para tod@s

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.